

SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 10
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 12 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

LA INFANCIA DE SHAKSPEARE.

(Conclusion.)

IV.

EL ECO.

William no se había extraviado por casualidad. La severa vigilancia que ejercían sobre él le había incomodado ya durante el viage. Aquella primera salida, los bosques, las montañas, los palacios con sus monumentos, la magnificencia de la fiesta, los luminosos rayos del sol que realizaban la hermosura de las damas y caballeros, que formaban un contraste singular con las figuras grotescas y algunas veces ridiculas de los campesinos, todo había embriagado y entusiasmado su juvenil corazón. Su mayor placer era recorrer todos aquellos grupos, solo y dueño de sus acciones, perderse entre la multitud, volverse á encontrar aislado, y no verse obligado á sostener la conversacion con sus compañeros. Creyendo además que acertaría sin guía á la casa del guarda-bosque, pensaba que no era culpable por abandonarlos y hacerse independiente por espacio de algunas horas. Sabía tambien que si les pedía permiso redoblaban la vigilancia para impedirselo.

Había además descubierto en un recodo del bosque una casa que le atraía involuntariamente y como por encanto. Creía haber visto clara y distintamente un salvaje medio desnudo, coronado de flores, yedra, musgo y hojas de encina, con una gruesa maza en la mano, semejante á un fauno, cuyo retrato había ya visto. Aprovechóse, pues, de una nueva oleada de la multitud para quedarse un poco atrás, y mientras sus amigos miraban con atención á unos ginetes engalanados, de una manera extraordinaria, corrió en direccion opuesta, volviendo á cada instante la vista para cerciorarse de si le seguían ó no. Después de atravesar un largo espacio, se dirigió hácia aquel sitio maravilloso del bosque; allí no había concurrencia, porque toda avanzaba hácia el palacio y la ciudad. Entró en el bosque, y bien pronto se vió en un hermoso y verde reque, y aunque no pudo menos de estremecerse pensando en el salvaje, la curiosidad, no obstante, le impelió á penetrar en lo mas espeso de él. Tanto se internó, que ya no oía el ruido de la gente ni de los carruages. Aplicó el oído y le pareció oír una voz, que con tono vibrante y sonoro recitaba algunas palabras, y otras ces injuriaba y murmuraba. Siguió aquella direccion, y ces tardó en hallarse en frente del salvaje, que estaba sentado junto á una choza formada con ramas, tablas, y pedazos de tela; á su lado había un muchacho que parecía estar enfermo y de muy mal humor. William y el salvaje abrieron cuanto les fué dable los ojos para mirarse mutuamente. Este último, vigoroso, robusto, y hombre de elevada estatura, se puso en pie; sus coronas, sus pobladas y unidas cejas, el fuego que despedían sus ojos, el musgo entrelazado con sus negros y largos rizos, la yedra que le rodeaba los hombros y las espaldas, las sandalias y calzones de color de carne muy ajustados á la pierna para imitar la desnudez, le daban un aire tan singular como grotesco.

—¿Quién eres? ¿qué me quieres? gritó dirigiéndose á nuestro niño amedrentado.

—¿Y quién eres tú salvaje? le interrogó éste á su vez cobrando ánimo.

Al oír aquellas palabras el fauno prorrumpió en una grande carcajada.

—¿Con qué en efecto, le dijo, me tomas por un verdadero salvaje? Hijo mio, esto no es mas que un disfraz en honor de nuestra adorada reina. Quizá tú me hubieras apostrofado con un poco mas de delicadeza, si supieras que soy el famoso Gascoing. Todos cuantos me conocen aquí como poeta y en el extranjero como soldado, me llaman así.

—¿Cómo?... exclamó William que se repuso bien pronto: ¿seréis ese célebre y excelente *Tam arte quam Mercurio*?

—Sí, pardiez, hijo mio, repuso el fauno lisonjeado con aquella pregunta. ¿Me conoces por ventura, picaruelo? ¿Te son familiares mis poemas?

—Mucho. Ya me han costado algunos golpes de mi padre, que supone paso el tiempo leyendo vuestros hermosos versos.

—Tienes la voz clara y sonora, pero débil; comienza á gritar cuanto puedas, pero de un modo inteligible.

William obedeció: á medida que el salvaje le escuchaba, daba cabriolas, cantaba, prorrumpía en exclamaciones de júbilo, y blandía la maza por encima de su cabeza.

—¿Le he encontrado!... exclamó, le he encontrado: la fortuna ha tenido compasion del pobre poeta, y te ha

enviado, ángel mio, para evitarme la desesperacion y la ignominia. Déjame abrazarte, amor mio; pero ten cuidado de no echar á perder mi peinado y mis falsos atavíos; ¿lo oyes? Le estrechó fuertemente contra su corazón, y dirigiéndose luego al muchacho enfermo:

—Enclenque, le dijo, entra en la cabaña, come, bebe y envuélvete en las mantas para calentarte y para que puedas volver esta tarde á casa de tus padres.

El pobre muchacho obedeció.

—Mira, querido niño, prosiguió Gascoing, ayer tarde al anochecer, nuestro Roberto Dudley, el gran Leicester me mandó á decir, con la premura que esos caballeros acostumbran, que compusiese inmediatamente algunos versos en alabanza de la reina, que desearia oír recitar por boca de un silvano, puesto que había mandado suspender los festejos, y esta tarde han de cazar en el bosque. Yo he hecho aceleradamente un centenar de versos; el pensamiento es hermoso, y el eco me responde siempre. En este poema hago mencion de estas soberbias fiestas, y de otras cosas que me parecen de agrandar á la reina. He ido á buscar á ese niño que ya me ha ayudado en una ocasion semejante; pero se ha dado un atracon de cerezas, y ni puede moverse, ni proferir una sílaba. Me encontraba en el mayor embarazo; pero Júpiter ó Pan, han escuchado mis plegarias, y te han enviado para salvarme.



Shakspeare.

—Pero mi querido Gascoing, respondió William, yo no he representado nunca ningun papel ni estoy acostumbrado á ello, y me parece un tiempo demasiado corto para poder estudiar esos versos, de modo que pueda recitarlos á presencia de S. M. la reina.

—Calla: las fluctuaciones sientan muy mal. Tienes la voz sonora, eres entendido, porque has recibido ya golpes por leer mis poemas, y tu padre con esos golpes te ha hecho caballero: sé, pues, mi escudero. Además, tú no representarás ni te pondrás delante de la reina, y desde el exordio hasta cerca del final, que recitaré yo mismo, no tienes mas que repetir una palabra veinte y cinco veces, siempre después de cada dos versos, imitando al eco; pero que sea de una manera clara y con expresion, porque este es precisamente el punto principal del poema. Invocó á Júpiter y á las demás divinidades para que me expliquen la causa de ese tumulto y de esas fiestas: no me contestan: entonces me dirijo al eco, y me contesta con la última sílaba, y así sucesivamente veinte y cinco veces. Pero hijo mio, ¿puedes quedarte conmigo?... ¿no te andarán buscando tus padres?

—Caballero Gascoing, respondió el niño; estoy contentísimo de haberos encontrado tan inopinadamente. Daria mi vida por vos. Los amigos que me han traído, podrán muy bien pasarse sin mí hasta la noche. ¿En dónde podría hallarme mejor que junto á tan célebre y divino poeta?...

—Pues bien, repitamos nuestro poema; pero te suplico que guardes con mucho cuidado el papel que te entregaré. Es el único ejemplar que poseo, porque no he tenido tiempo de copiarle: si le perudieses no podria hacerle imprimir: guardale, pues, como la niña de tus ojos.

—No tengais cuidado, contestó William; ya no soy un niño.

Dieron principio á la repeticion. El silvano recit los versos, y el niño, después de una pausa, repitió la última palabra, bien inteligiblemente, con serenidad, dejando exhalar el sonido hasta su última vibracion. El poeta-soldado, quedó estasiado, y juró que jamás había oído un eco mas verdadero. Después de pasar la mañana en repetir y corregir, entraron en la cabaña para refrigerarse.

—Pero sé un poco parco, jóven poeta, le dijo Gascoing; sigue mi ejemplo para que nuestras voces resuenen bien esta tarde, y nos hagamos dignos de los favores de las musas que me iba á arrebatarse ese gloton que está ahí tendido como una anguila sacada fuera del agua. Sobre todo, no te aturdas al ver tan cerca á la reina, y procura guardar la medida y cadencia para que podamos retirarnos con gloria.

Después de comer volvió á principiar la repeticion, mas para no fatigar la atencion poética, como decia Gascoing, se suspendió pronto.—A cosa de las cuatro, llegaron diferentes personas provistas de antorchas y trages para disfrazarse en aquel sitio solitario, unos de salvajes, y otros de aldeanos, para alumbrar la escera del bosque durante el crepúsculo. Nuestros dos poetas se fueron entonces á la orilla, junto al camino real, en donde se había elegido una espaciosa llanura, en que la reina y su acompañamiento debían detenerse después de la caza. Allí, el niño, vuelto hácia una alta estatua, volvió á repetir su eco, y el efecto fué mucho mas hermoso y mas natural. Soldados, criados y vigilantes tomaron por fin posicion de distancia en distancia, para impedir que la multitud invadiese aquella llanura reservada para la reina. La tarde estaba fresca y todos respiraban libremente el suave céfiro que con agradable soplo, huía á través de los campos para ocultarse en el follaje del bosque. Por todos lados afluia un gentío inmenso, y se diseminaba susurrando por la llanura. La reina y los cazadores perseguían con ardor al ciervo: seguíanle muchos nobles, lores, y señoras montadas en hacaneas ricamente enjaezadas. Muerto el ciervo se redoblaron por todas partes los gritos de los cazadores. El montero mayor, con gran satisfaccion del lord, había dado pruebas de la mayor pericia y esmero. Además de los lebreles, habían hecho dispersar por las colinas y los bosques otros perros de diferentes voces, cuyos ladridos se modulaban segun las señales que hacían las trompas de los cazadores. Los gritos, las exclamaciones lejanas, y el sonido de las trompas de caza, producian un eco tan variado como extraordinario, eco que los cazadores se complacian en aumentar repitiéndole muchas veces. Por fin llegó la noche: William estaba tan enternecido que derramaba lágrimas.

—¿Qué tienes? le preguntó Gascoing. Por favor, no hagas esos gestos de Magdalena.

—¡Ay! respondió el niño, ¿habeis oído? Ese era un eco en comparacion del cual el nuestro va á ser como el de un niño recién nacido.

—Calla, poetilla. Tambien es un eco estrepitoso y desagradable, cuando el nuestro es poético, y está lleno de sentido. Ahora veremos cual de los dos, el de los perros, ó el de los poetas agrada mas á la reina. ¡Silencio! ya llega: en guardia, querido.

V.

LA REINA ISABEL.

En efecto, apareció la reina. Llevaba un corpiño de terciopelo verde, guarnecido de perlas, cuyas mangas eran de encaje bordado de oro, á través de las cuales se veían brillar con toda su frescura los brazos y los hombros. Plumas encarnadas y blancas ondeaban magistrosamente sobre su sombrerillo verde con el ala vuelta, y una media luna de diamantes adornaba su frente, y se perdía entre sus rubios cabellos, conforme al retrato de Cintia, cuyo nombre gustaba que la diesen. Su caballo, enjaezado con terciopelo del mismo color, parecía envanecerse con su carga. A su lado marchaba Leicester, esplendoroso con su varonil belleza, en traje de principe de la caza. En el mismo instante los que llevaban las antorchas se colocaron con varios disfraces delante del bosque. Los diamantes y pedrería de la reina y de sus damas, resplandecian con mil colores al reflejo de las luces. Un silencio solemne siguió al estruendo de la cacería. De repente, á una señal hecha clandestinamente, apareció el silvano blandiendo su maza. Invocó á los dioses pidiéndoles la espiciacion de aquellas fiestas: ninguna voz le respondió; por último, se dirigió á su eco, y este le contestó que era por la reina adorada á que la nobleza y el pueblo ofrecía sus homenajes. Este diálogo poético continuó durante algun tiempo, y la reina y Leicester no parecían descontentos de las alabanzas del poeta. Solamente al final, un incidente imprevisto, escitó la hilaridad de los concurrentes. Un ruido causado por los caba-

llos y las armas, impidió á William el oír á su silvano y pronunció la palabra *reina*, antes que él, de modo que parecía que el poeta al declamar, era el eco de su eco. Leicester se burló en voz alta de aquel eco precoz y la misma reina no pudo menos de sonreírse. Sin embargo, lo serio de la poesía no tardó en sobreponerse, y Gascoing, después de concluir, se prosternó ante su reina, rompiendo en la embriaguez de su júbilo, la maza que rechinó en sus manos, aunque estaba preparada al efecto. En su entusiasmo, quiso arrojar los pedazos por detrás de él, mas escapándose uno de ellos, fué á dar en la cabeza al caballo de la reina. El animal dió una huida, y las últimas palabras espiraron en los labios del salvaje que temblaba. Leicester iba á arrojarle sobre él, cuando deteniéndole la reina le dijo con dulzura:

—No es nada, no hay nada, no me has hecho daño.

El palo de la maza que se perdió entre la multitud, fué recogido por un joven en recuerdo de aquel día. Gascoing estaba aun arrodillado delante de la reina, que le dirigió algunas palabras llenas de amabilidad y de dulzura, cuando un nuevo espectáculo atrajo las miradas de la muchedumbre. William, después de haber concluido, no se cansaba de mirar aquel brillante cortejo, y especialmente á la reina: mas hé ahí, que el céfiro jugueteo, se aprovechó de su preocupación para arrebatárle el papel en que estaba escrita la composición poética. No advirtió la pérdida, hasta que el papel volaba como un pajarillo por encima de su cabeza: le siguió, pues, saltando y haciendo cabriolas hasta que salió del bosque. Algunos creían que aquel era otro espectáculo convenido; pero el hombre mas sorprendido de la multitud, fué indudablemente el joven poseedor de la maza. Tomás, en fin que reconoció á su querido William en aquel danzante.

Juana, que estaba á su lado, dió un grito de alegría, pero William, sin hacer caso de aquellos gritos, ni de los murmullos de la muchedumbre, siguió al papel, y ya creía iba á agarrarle, cuando cayó sobre una antorcha. El peligro era inminente, así es, que arrojándose de un salto sobre la llama, y agarrando el papel, le empujó involuntariamente hácia el rostro de uno de los criados, cuya peluca y guarniciones de la camisa, se quemaron en un abrir y cerrar de ojos. Este prorrumpió en horribles lamentos, y chamuscándose corrió hácia el bosque. Leicester, furioso, iba á lanzarse sobre William, pero la reina le convujo diciéndole:

—No seas tan arrebatado, mi querido Dudley: es un hermoso niño, y en cuanto á ese hombre, *ya van á apagarle*.

William se repuso mientras tanto, y fué á llevar el papel al poeta, que se levantó con el corazón oprimido de angustia. La reina hizo una seña, y el niño se acercó á ella.

—¿Quién eres? hijo mio, le preguntó.

Viendo Gascoing que su eco titubeaba en contestar, tomó la palabra:

—V. M., dijo, me perdonará: es mi eco que por una feliz casualidad he encontrado en los bosques, y que excepto un pequeño descuido ha desempeñado muy bien su papel.

William, á imitación de su maestro, se había prosternado delante de la reina, y cuando ésta, inclinándose hácia él, le preguntó su nombre.

—Soy William, contestó el niño sin tartamudear, el hijo primogénito de Jhon Shakspeare domiciliado en Stratford del Avon. Mi padre, el súbdito mas fiel de V. M., es allí alderman. Isabel hizo seña á un caballero, que dió al niño un medallón con el retrato de la reina.

—Toma eso, mi querido eco, y acuérdate de este día. ¿Deseas alguna otra cosa?

—¿Nos sería permitido, á mi y á mi muger, que está allí, asistir á los espectáculos que el gran lord va á dar mañana?

—¿Tu muger! exclamó Isabel. ¿Pues estás ya casado?

—Perdonad, grande reina: es una chanza á que ya me he acostumbrado. Es Juana Hallaway, que siempre se llama mi muger.

La joven de esbelto talle se aproximó entonces ruborizada de pudor. Leicester, que se había divertido con aquella escena, dió orden para que á aquel muchacho y á su familia se le permitiese la entrada en todos los espectáculos. El poeta volvió á abrazar otra vez á su intrépido eco, y Juana, lo mismo que Tomás, ya no se atrevieron á reprehenderle su evasión, y los disgustos que les había causado porque le miraban con una especie de veneración, desde que había hablado á la reina y recibido de ella una medalla de oro.

VI.

EL REGRESO.

Sin embargo, el viejo Shakspeare, frustrando todos los cálculos, estaba ya de vuelta el segundo día después de su partida: no había encontrado al comerciante á quien había ido á buscar en el sitio convenido. Su esposa, asustada con tan pronta vuelta, no sabía qué pensar, cuando después de abrazar á sus hijos le oyó decir suspirando:

—¡Oh tiempos, oh costumbres!... el hombre mas juicioso y serio de Inglaterra, el mas devoto y melancólico, sucumbe á ese vértigo, y deja su casa y sus negocios, para ir á ver las locuras de Kenilworth, de que se halla mucho mas distante que nosotros. A fé mia, que si ancianos, que ademas de sus ocupaciones ordi-

narias, deberían pensar en la muerte y en el sepulcro, aprecian esas niñerías, y se dejan deslumbrar por esos juegos, debe perdonarse á los niños, que los desean con impaciencia. —Mi bribonzuelo, no tiene en verdad mucho placer—enfermedades de niños—nada de compañeros—poca libertad—también es cierto que tiene ideas extravagantes. Sin embargo, si los demas locos no han marchado todavía—es preciso que esa fiesta tenga algo de extraordinario, para que todo el mundo olvide la muerte, las enfermedades, la pobreza, la miseria, y hasta la religion. Id, madre, á buscar al escuero: quiero hablarle en razon. Ayer le traté mal.

La madre temblaba de pies á cabeza. No se atrevía á fijar la vista en su marido, desde que hablaba en un tono tan afable. Mr. Shakspeare, viendo la palidez y la vacilación de su muger, y creyendo que su hijo estaba enfermo ó que tal vez había muerto, palideció también.

—Pues bien; le dijo su esposa, lo sabreis todo. Tomás y la muger de nuestro hijo me han asediado, y ha ido con ellos. Confieso ingenuamente, que no esperábamos dieseis tan pronto la vuelta. Por otra parte, es la vez primera que hago una cosa contra vuestra voluntad.

—Verdaderamente; respondió el anciano arrebatado de cólera, hé ahí desenmascarados la obediencia y el amor que me profesais. ¿Habeis osado faltar á mis órdenes?...

Y sin dignarse dirigir una sola mirada á su muger, salió y no volvió ni aun por la noche. Mas adelante se supo que había ido á un pueblo poco distante para arreglar un asunto, que sin este incidente, quizá habría dejado para otro día. Pero nuestros emigrados también abandonaron á Kenilworth un día antes de lo que habían pensado.

Un momento después de su llegada, volvió de su corto viaje Mr. Shakspeare. La madre, fluctuando entre la alegría y el temor, aguardaba con inquietud el desenlace de aquel suceso, cuando el padre alargando la mano á su hijo, le dijo con tono bastante alegre:

—Por de pronto te perdono, porque el viejo y raro de Benson de Bristol, me ha hecho la misma jugarreta que tú.

La madre entonces, abrazó á su hijo con una especie de convulsión, y no hizo caso de lo que Mr. Strange y su familia le dijeron al tiempo de despedirse. Tomás y Juana permanecían todavía allí con ánimo de escusarse con el padre y contarle lo que habían visto. Conviniéron en no decir nada á Mr. Shakspeare, de la comedia que su hijo había representado, en atención á lo desagradable que le era aquella especie de juegos, y con la esperanza de que nada de aquel episodio llegaría á sus oídos, puesto que en Kenilworth, se encontraban muy pocos espectadores conocidos suyos. Cuando Juana contó que William, á consecuencia de su evasión, había llamado la atención de la reina, que le había hablado con mucha afabilidad, y dádole un medallón para que se acordase de aquel momento, la madre lloró de alegría y enternecimiento, y en los ojos del padre brilló la mas pura serenidad. Acercándose á él William, le dijo:

—Amado padre, sé cuánto quereis á nuestra reina; aceptad este medallón que he recibido de ella. Yo no le necesito ya, habiendo tenido la dicha de hablarla y de ver su dulce mirada.

El padre le aceptó con júbilo, y después de examinarle largo tiempo le besó; abrazando luego á su hijo, le dijo:

—Te bendigo, querido William, por haberme traído una joya tan apreciable. Te la conservaré hasta que seas grande, y jamás olvidaré que Isabel se ha dignado hablarte, hijo mio.

Dicho esto, se apresuró á salir de la habitación para ocultar su emoción. La madre se conceptuaba en el colmo de la dicha, viendo que su marido, no solo se había reconciliado con ella, sino que parecía estar en mejores relaciones con su hijo. Dió gracias á sus amigos con una especie de efusión, y les hizo que la contasen otra vez aquella historia, lo que efectuaron pasando siempre en silencio la aventura de Gascoing. De repente se oyó en la parte de afuera una alegre risa, tanto mas chocante, cuanto que su autor era el viejo Shakspeare. Aquello era un fenómeno, porque jamás había reído á carcajadas. No se sabía á qué atribuirlo, cuando entró llevando en una mano parte de la maza que Tomás había llevado de Kenilworth.

—¡Locos!... exclamó Jhon después de cesar de reír: es preciso que haya siempre algo de mezquino y de pueril al lado de la cosa mas seria y mas noble.... Al mismo tiempo que me dais ese medallón de oro, me traen esta maza que el loco de Gascoing, ha blandido en el bosque, y que dió en la cabeza de mi Tomás, para dispersar algunos pensamientos poéticos en su cerebro, y para que se acordase de haber estado en la Arcadia, en Kenilworth. El caballero Lucy, acaba de contármelo todo, como lo ha visto con sus propios ojos. Y tú, mi querido William, has llegado a ser un gran actor, un artista, un eco, un repetidor de algunas palabras de ese viejo necio y poético. ¿Mi hijo ha sido un eco? ¿y sabeis qué eso es de muy mal agüero?.... Cuando algun día tengas deseos de ensayarte en el resbaladizo terreno de la poesía, no serás mas que un imitador, un eco de esos poetas locos. Sé, pues, laborioso y aplicado. ¿Mi hijo ha sido un eco?.... Si, hijo mio, tú harás ruido en el mundo, eso es seguro: el que comienza así irá muy lejos.

Pronunció estas últimas palabras con una especie

de ironía: pero viendo Tomás que el niño se conceptuaba ofendido, le respondió:

—Puesto que lo sabeis todo, debeis saber también que ese juguete es el que la ha conducido hasta la presencia de la reina. De ese modo, las bagatelas en la vida, conducen á las cosas mas grandes. ¿La poesía es acaso otra cosa que el eco de la realidad?

Mr. Shakspeare le apretó la mano, y acercándose á su escritorio, tomó de él un libro elegantemente encuadrado.

—Mi querido William, dijo al niño; es necesario que yo te dé algo en cambio de este medallón: este *Cancionero* estaba destinado para tu fiesta, tómale, desde ahora aunque todavía no le comprendas.

Así los hombres sensatos damos la mano á la locura, por mas grandes que sean nuestras pretensiones....

CRÍMENES CÉLEBRES.

FRANCISCO PICAUD.

(Conclusion.)

Algun tiempo después fué envenenado un magnífico perro de caza perteneciente al dueño del café, y un muchacho declaró que había visto á un mozo dar bizcochos al pobre animal. Aquel joven dió las señas, y por ellas se reconoció á un enemigo de Loupian, que para burlarse de él en cierto modo concurría á su casa. Intentóse un proceso contra él, pero manifestó su inocencia probando la *cuartada*. Era conductor supernumerario de correos, y el día en que se cometió el delito estaba en Estrasburgo. Dos semanas después, el papagayo favorito de la señora de Loupian sufrió la misma suerte del perro de caza, y fué envenenado con almen-dras amargas y perejil. Volvieron á hacerse pesquisas; pero no produjeron resultado alguno.

Loupian tenía de su primer matrimonio una hija de diez y seis años, hermosa como un ángel. La vió un elegante y se enamoró de ella; gastó sumas cuantiosas en atraer á su partido á los mozos del café y á la doncella de la señorita, y habiéndose proporcionado de este modo muchas entrevistas con la interesante joven, la sedujo finjiéndose un marqués y un millonario. La señorita no advirtió su imprudencia hasta que fué preciso ensanchar el corsé. Entonces confesó á sus padres su debilidad. La familia, desesperada, habló sobre el particular al caballero, que ponderando su fortuna consistió en el matrimonio, y enseñó papeles de familia y títulos de propiedades. Volvió á renacer la alegría en casa de los Loupian, y no tardó en celebrarse el apetecido enlace; el esposo, que queria celebrar espléndidamente la boda, mandó preparar para la noche una comida de ciento cincuenta cubiertos en el *Cuadrante azul*.

A la hora señalada, llegaron los convidados; pero el marqués no parecía. Recibióse una carta en que el marqués participaba, que llamado por el rey, había tenido que presentarse en palacio; rogaba se le disimulase su tardanza, y que comieran, que á las diez estaría al lado de su esposa. Hubo, pues, que comer sin el *amable yerno*. La novia estaba de muy mal humor, y todos la felicitaban por la elevada posición del marido. Concluyéronse dos servicios, y á los postres, un mozo puso una carta en la servilleta de cada uno de los convidados, en la que se decía que el marido era un presidiario y que se había fugado.

La consternación de los Loupian fué espantosa, y sin embargo, aun no conocian toda la estension de su desgracia. Cuatro dias después, un domingo, mientras la familia había ido á distraerse al campo, se prendió fuego por nueve partes diferentes, á la habitación situada encima del café. Acudieron varios miserables, y bajo el pretexto de socorro, saquean, roban, despedazan y asolan: el incendio toma incremento, y todo lo reduce á cenizas. El propietario entabla un recurso contra Loupian que queda completamente arruinado, y solo quedan ya á aquellos infelices esposos, algunos cortos bienes pertenecientes á la muger. Todo el dinero, efectos públicos y muebles, fueron robados ó destruidos en aquel desastre.

En su consecuencia, los Loupian fueron abandonados por sus amigos; solo uno les permaneció fiel, el anciano criado Próspero. Este no quiso abandonarlos, y los seguía sin salario, contentándose con participar del pan de sus amos. Todos le admiraban, le ensalzaban, y se establece en la calle de San Antonio un café mas modesto. Allí concurre todavía Solari, que una noche al entrar en su casa, se siente acometido de dolores atroces. Llaman á un médico y declara que está envenenado: á pesar de cuantos auxilios se le prodigan, el infeliz muere entre horribles convulsiones. Doce horas después, cuando segun costumbre se espuso el atahud á la puerta de la casa en que habitaba Solari, se encontró sobre el paño fúnebre un papel en que se veían escritas con letras de molde estas siniestras palabras: *Número dos*.

Ademas de la hija, cuya suerte había sido tan desgraciada, Loupian tenía un hijo. Este joven, acosado por malas cabezas, y seducido por mugeres públicas, resistió algun tiempo; mas después se entregó á la disolución. Una noche sus compañeros propusieron una broma reducida á quitar de un almacén de licores, doce botellas, que se beberian y pagarian al dia siguiente. Eugenio Loupian, ya medio embriagado, aplaude

aquel proyecto. Pero en el momento de franquear la puerta y de escoger los frascos, y cuando cada uno tenía ya dos en los bolsillos, llega la policía avisada por uno de ellos; los seis imprudentes culpables fueron presos, y se los formó causa por robo de noche y con violencia. La benignidad régia salvó al joven de la infamia á pesar de las seducciones y dinero empleado para que no se hiciese uso de la real clemencia. Loupian, el hijo, tuvo que sufrir veinte años de presidio.

Aquella catástrofe puso el colmo á la ruina y al infortunio de los Loupian: la hermosa y rica Teresa, murió de pesadumbre sin dejar posteridad, y fué preciso devolver lo que quedaba de la dote. El desgraciado Loupian y su hija se quedaron sin ningún recurso: entonces, el honrado mozo que tenía ahorros, los ofreció á la joven; pero exigió un precio por aquel servicio, é hizo proposiciones muy odiosas á la señorita de Loupian. Con la esperanza de salvar á su padre, y en su estremada miseria, aceptó la ignominia de un concubinato, que hizo descender á la infeliz al último grado del envilecimiento.

Loupian apenas vivía; las desgracias habían alterado su razón. Una noche, mientras se paseaba por una frondosa calle del jardín de las Tullerías, se presentó á él un hombre enmascarado.

—Loupian, le dijo; ¿te acuerdas de 1807?...

—¿Por qué?...

—¿Te acuerdas del crimen que cometiste en aquella época?

—¿Un crimen?...

—Un crimen infame. Por envidia hiciste encerrar en un calabozo á tu amigo Picaud; ¿te acuerdas?

—¡Ah!... Dios me ha castigado rigurosamente.

—No; he sido yo el mismo Picaud, que para saciar su venganza ha asesinado á Cbaubart en el puente de las Artes: ha envenenado á Solari, ha dado por marido á tu hija un forzado, y ha dirigido la trama en que ha sido envuelto tu hijo. Mi mano mató á tu perro y al pagayo de tu muger, incendió tu casa, y dirigí á ella los ladrones. El es quien ha hecho morir de pesadumbre á tu esposa, y que tu hija sea su concubina. Si, en tu criado Próspero reconoce á Picaud, pero que sea cuando coloque su número tres.

Dijo, y dirigiéndole una puñalada con certera mano, atravesó su corazón y murió sin que apenas pudiese exhalar un ligero grito... Cumplido ya este último acto de su venganza, Picaud pensaba en salir de las Tullerías, cuando asióndole por el cuello una mano de hierro, le tendió en el suelo junto al cadáver, y un hombre, aprovechándose de su sorpresa, le ató de pies y manos fuertemente, y envolviéndole en su capa, se le llevó con precipitación.

Nada puede compararse al furor y al asombro de Picaud, maniatado y trasportado de aquel modo. Seguramente no había caído en poder de la fuerza pública. Un gendarme, aunque hubiera estado solo, no habría adoptado semejantes precauciones, aun cuando creyese que los cómplices se hallaban allí inmediatos. Una señal habría sido suficiente para esparcir la alarma entre los centinelas que hay en aquel sitio. ¿Era, pues, un ladrón el que le llevaba de aquel modo? ¿Pero qué ladrón tan extravagante?... No podía ser tampoco ningún burlon. De todos modos, Picaud había caído en una emboscada. Eso era lo único que había real y verdadero para el asesino de Loupian.

Cuando por último se detuvo el hombre que le conducía, Picaud presumió que haría una media hora que duraba la marcha. Envuelto en la capa no le fué posible ver los sitios que atravesaba. Cuando le desembarazaron de ella sintió que le colocaban en una cama de cordeles con su correspondiente colchón. El aire del sitio en donde se hallaba era grueso y pesado. Creyó reconocer una cavidad subterránea, dependiente, según todas las apariencias, de una cantera abandonada.

La oscuridad casi completa del sitio, la natural agitación que experimentaba Picaud, y la alteración que pueden producir en las facciones diez años de miseria y de desesperación, no permitieron al asesino de Loupian reconocer al individuo que se le presentaba como una fantasma. Examinábase con sombrío silencio y aguardaba una espresion que le indicase la suerte que le estaba reservada; pero trascurrieron diez minutos sin que ninguno de aquellos dos hombres articulase una palabra.

—Y bien, Picaud le dijo, ¿qué nombre tomarás ahora? ¿Será el que recibiste de tu padre? ¿El que te pusiste á tu salida de Fenestrelle? ¿Serás el abate Baldini, ó el mozo de café Próspero?

—Tu ingenio no te suministra el quinto? Sin duda la venganza es para ti un goce: pero no; es una manía frenética, de que te habrías horrorizado si no hubieses entregado tu alma al demonio. Los últimos diez años de tu vida los has empleado en perseguir á tres miserables á quienes debías perdonar. Has cometido crueldades horribles: te has perdido para siempre, y me has arrastrado al abismo.

—¿Quién eres tú?...

—Soy tu cómplice, un malvado que por un puñado de oro te he vendido la vida de mis amigos. Tu oro me ha sido funesto: la ambición que has encendido en mi alma, jamás se ha extinguido. La sed de las riquezas me ha puesto furioso y hecho culpable: he muerto al que me había engañado. He tenido que huir con mi muger que ha muerto en el destierro, y yo, preso, juzgado y sentenciado á presidio, he sufrido la espresion y el sello de la ignominia; he arrastrado la cadena. En fin, habiendo logrado escaparme, he querido alcanzar y castigar á ese abate Baldini, que tan bien persigue y

castiga á los demás. He volado á Nápoles, y allí no le conocían: he buscado el sepulcro de Picaud, y he sabido que vivía. ¿Y cómo lo he sabido? ni tu ni el papa me arrancareis este secreto. Desde entonces me he dedicado á perseguir á este supuesto muerto, pero cuando le he encontrado ya habían señalado su venganza dos asesinatos; los hijos de Loupian estaban perdidos, su casa incendiada y su fortuna destruida. Esta noche iba á acercarme á aquel infeliz y revelárselo todo, pero te me has anticipado también esta vez: el diablo te hacía poner siempre delante de mí, y Loupian ha sucumbido á tus golpes, antes que Dios que me guiaba, me haya permitido sustraer de la muerte á la última víctima. ¿Mas qué importa si ya eres mio?... Puedo volverte el daño que me has hecho, y puedo probarte que la gente de nuestro país tiene tan buenos los brazos como la memoria: soy Antonio Allut.

Picaud no contestó: pasaban en su alma cosas muy extrañas. Sostenido hasta aquel momento por la vertiginosa embriaguez de la venganza, había olvidado en cierto modo su inmensa fortuna, y todos los placeres que podía proporcionarle. Pero ahora la venganza estaba ya cumplida; y debía pensar en vivir como los ricos; pero acababa de caer en manos de un hombre tan implacable como él mismo. Estas reflexiones cruzaron rápidamente por su imaginación, y un impulso de rabia le hizo morder convulsivamente las ligaduras que Antonio había tenido cuidado de ponerle.

—Sin embargo, pensó entre sí, rico como soy, ¿no puedo con magníficas promesas, y en caso necesario con un sacrificio real, desembarazarme de mi enemigo? Ya he dado cincuenta mil francos por saber los nombres de mis víctimas, ¿no puedo dando otro tanto ó el doble, salir de este peligro?

Pero Dios permitió que el espeso humo de la aversión, ofuscase la brillantez de aquel pensamiento. Aquel hombre, poseedor por lo menos de 16 millones, se asustó con la idea de tener que entregar la suma que le exigiesen. La pasión del oro sofocó los gritos de la carne, que revelándose quería rescatarse, y no hizo mas que esplicarse débilmente. El oro llegó á ser su carne, su sangre toda su existencia. ¡Ah! dijo en el fondo de su alma, cuánto mas pobre me finja, mas pronto saldré de esta prision. Nadie sabe lo que yo poseo: aparentemos que me hallo reducido á la mendicidad, me soltará por algunos escudos, y libre de sus manos, no tardará en caer en las mias.

Hé aquí lo que ideó Picaud, y lo absurdo de su herbor y su esperanza, mientras Allut le permitía hablar, —¿En dónde estoy? dijo.

—¿Qué te importa? estás en un sitio en donde no debes esperar ni auxilio ni compasión, eres mio, exclusivamente mio, ¿lo oyes? esclavo de mi voluntad y de mi capricho.

Picaud se sonrió con desprecio, y su antiguo amigo no prosiguió: le dejó tendido sobre el lecho en que le había colocado, y no le desató. Allut apretó mas las ligaduras que sujetaban á su prisionero y le puso por los riñones una ancha barra de hierro, fija por medio de una cadena á tres gruesas argollas clavadas en la pared. Hecho esto, Allut se puso á cenar, y como Picaud vió que no le ofrecía nada de lo que comía:

—Tengo hambre le dijo.

—¿Cuánto quieres pagar por el pan y el agua que te dé?

—No tengo dinero.

—Tienes 16 millones, y aun mas, contesto Allut, y dió á Picaud tales noticias acerca de la imposición de sus fondos en Inglaterra, Alemania, Italia y Francia, que el avaro sintió estrearse todo su cuerpo.

—¿Tú sueñas?...

—Pues sueña tú que comes.

Salíó Allut y no volvió en toda la noche: se presentó á eso de las siete de la mañana y almorzó. La vista de los alimentos redobló en Picaud el tormento del hambre:

—Dame de comer, le dijo.

—¿Cuánto quieres pagar por el pan y el agua que te dé?

—Nada.

—Pues bien, veamos cuál de los dos se cansa primero.

Y volvió á marcharse.

A las tres de la tarde estaba de regreso: ya hacia veinte y ocho horas que Picaud no había tomado ningún alimento: imploró la compasión de su carcelero y le ofreció veinte cuartos por una libra de pan.

—Escucha, dijo Allut, he aquí mis condiciones; te daré de comer dos veces al día, y por cada una me pagarás veinte y cinco mil francos.

Picaud aulló, se revolcó en su lecho, y el otro permaneció impasible.

—Esta es mi última palabra, escoge y piénsalo. No has tenido compasión de tus amigos y yo no quiero usar de clemencia contigo.

El miserable prisionero pasó el resto del día y la noche siguiente entre las angustias del hambre y la desesperación: sus padecimientos morales llegaban al colmo: tenía el infierno en su corazón. Una rigidez espasmódica se apoderó de su cuerpo y parecía que le desgarraban los nervios: se le fué la cabeza, y el celeste rayo de la inteligencia que le animaba, se apagó con la agitación de aquellas pasiones violentas y desordenadas. El despiadado Allut no tardó mucho en reconocer que aquello era ya demasiado atormentar á un cuerpo humano: su antiguo amigo no era ya capaz de discernimiento, ni mas que una máquina inerte, sensible al dolor físico, pero incapaz de combatirle: era

preciso renunciar á sacarle una palabra. Allut se desesperaba al pensar que si Picaud moría, no le quedaba ningún medio de apropiarse la inmensa fortuna de su víctima. Se golpeó á sí mismo de rabia; pero sorprendiendo una sonrisa diabólica en el livido rostro de Picaud, Allut se precipitó sobre él como una fiera, le mordió, le sacó los ojos con un cuchillo, le abrió el vientre, y huyendo de aquel sitio en donde ya no quedaba mas que un cadáver, se alejó de París, y pasó á Inglaterra.

Allí cayó enfermo en 1828, y se confesó con un sacerdote católico francés: arrepentido de sus crímenes, dictó él mismo á el eclesiástico todos los pormenores de esta horrorosa historia que firmó en cada una de sus páginas. Allut murió reconciliado con Dios, y fué sepultado cristianamente. Despues de su muerte, el abate P... remitía á la policía de París aquel precioso documento, en que se hallaban consignados los hechos extraordinarios que acababan de leerse. Le acompañó con la siguiente carta:

«Señor Prefecto:

«He tenido la dicha de atraer á los sentimientos de arrepentimiento á un hombre eminentemente culpable. Ha creído, y yo he opinado como él, que sería útil daros á conocer una série de hechos abominables, en que aquel desgraciado fué simultáneamente agente y paciente. Según las indicaciones que se encuentran en la nota adjunta, sería fácil descubrir la habitación subterránea, en donde deben existir todavía los restos del miserable y desgraciado Picaud, víctima triste de sus pasiones y de su odio. Dios perdonó: los hombres en su insensato orgullo quieren hacer mas que Dios: son vengativos, y la venganza los devora.

«Antonio Allut procuró infructuosamente saber dónde y cómo se hallaban colocados los fondos de su víctima; penetró de noche en la habitación secreta de aquella: ninguna apuntación, título ó documento cayeron en su poder; hé aquí las señas é instrucciones para descubrir las dos habitaciones que con nombres supuestos ocupaba Picaud en París.

«Hasta en su lecho mortuario, Antonio Allut se le negado á participarme por qué medio había tenido conocimiento de los hechos referidos en su memoria, y quien le había instruido de los crímenes y de la fortuna de Picaud; solo me dijo una hora antes de espirar: Padre mio, la fé de ningún hombre puede ser mas viva que la mia, porque he visto y he oído hablar á una alma separada de su cuerpo.

«Nada me anunciaba entonces el delirio en Allut: acababa de hacer con toda claridad y distinción su profesion de fé. Los hombres del siglo son presuntuosos; en su ignorancia, el negarse á creer les parece sabiduría. Los juicios de Dios son infinitos: adóremolos, y sometámonos á ellos.

«Tengo el honor de ser, etc., etc.»

EL COLISEO DE ROMA.

Entre las ruinas célebres que se hallan á cada paso en Roma, la mas vasta, la mas importante, es sin disputa el Coliseo, aquel anfiteatro de Vespasiano que permanece en pie hace diez y ocho siglos. Se supone que el Coliseo trae en nombre de *Colosseum*, bien á causa de la masa de sus bastimentos, bien á causa de una estatua colosal de Neron que se veía en otro tiempo cerca de su recinto.

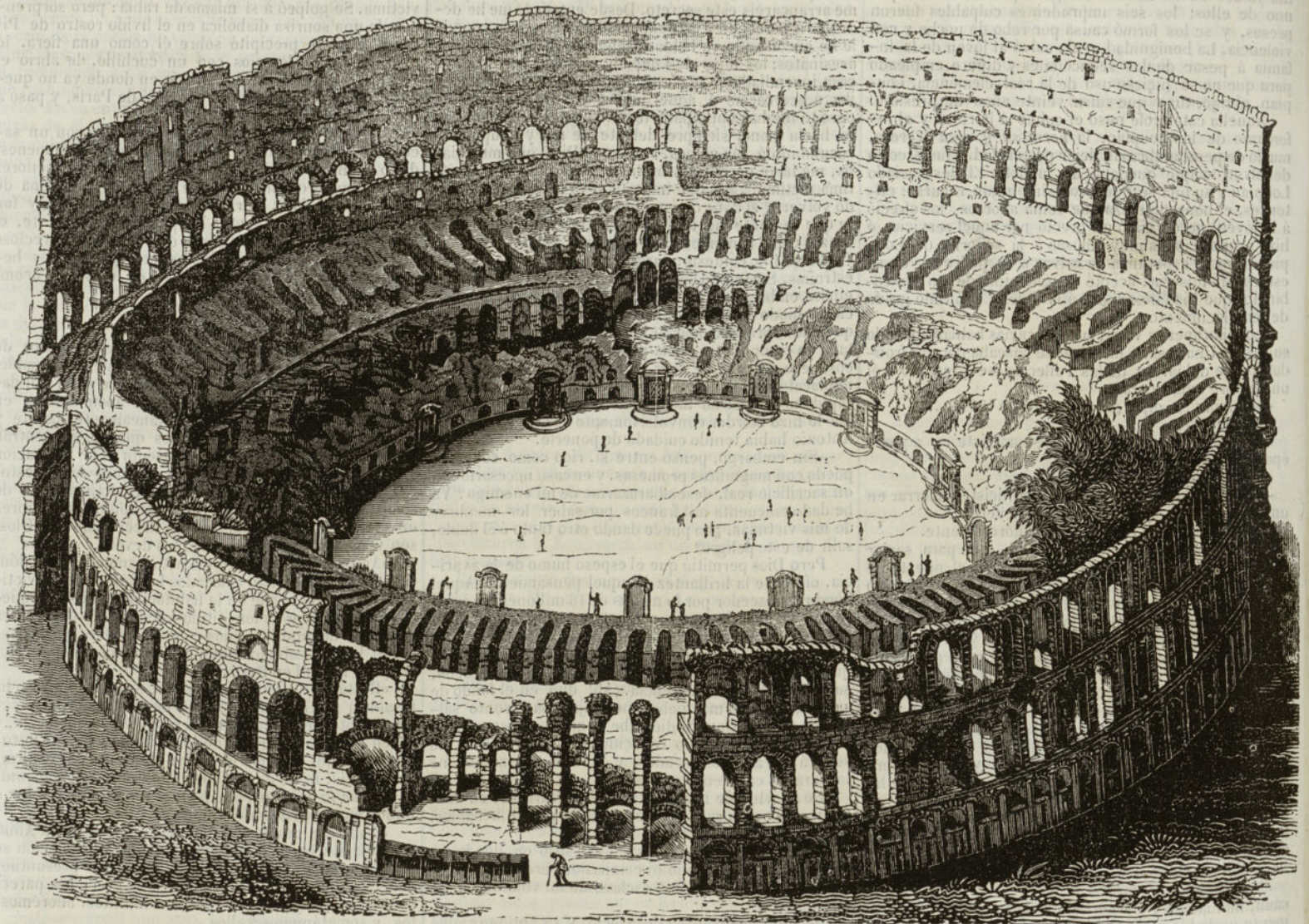
Este célebre parage era, bajo el reinado de Neron, un lago artificial, encerrado dentro de los muros del palacio dorado de este tirano. Habiéndose secado el lago, el emperador Vespasiano mandó construir el coliseo y le dió su nombre; fué continuado por su hijo Tito, el cual empló en la construcción de este anfiteatro á los judíos que se habían traído cautivos á Roma despues del sitio de Jerusalem. Algunos autores hasta aseguran que trabajaron en este edificio quince mil hombres por espacio de diez años, lo que hace suponer que no fué terminado hasta el reinado de Domiciano que llegó á ser emperador el año 48 antes de Jesucristo.

Por mucho placer que cause ver esta ruina tan imponente, el filántropo no puede contemplar el coliseo sin recordar con amargura las escenas sangrientas y los juegos crueles de que fué teatro. El dia primero de su consagración, según Entropo, se mataron cinco mil fieras entre los aplausos de innumerables espectadores, disputaron allí sus vidas contra estos animales, y en diferentes épocas; la sangre de los cristianos enrojeció aquel recinto, á pesar de los edictos de los emperadores Constantino y Honorio, que procuraron poner un término á las luchas de los gladiadores y de las fieras; estos espectáculos no se abolieron enteramente hasta el siglo XV.

Uno de los vicios mas inexplicables de la naturaleza humana, vicio que no parece compatible con la razón y la reflexión, es la crueldad, que era un honor entre los romanos aun en los mas floridos tiempos de la república. Contemplaban con delicia á centenares de animales salvajes y furiosos despedazándose mutuamente, ó devorando las víctimas humanas que se les arrojaba, y experimentaban un placer viendo combatir á los gladiadores contra las fieras.

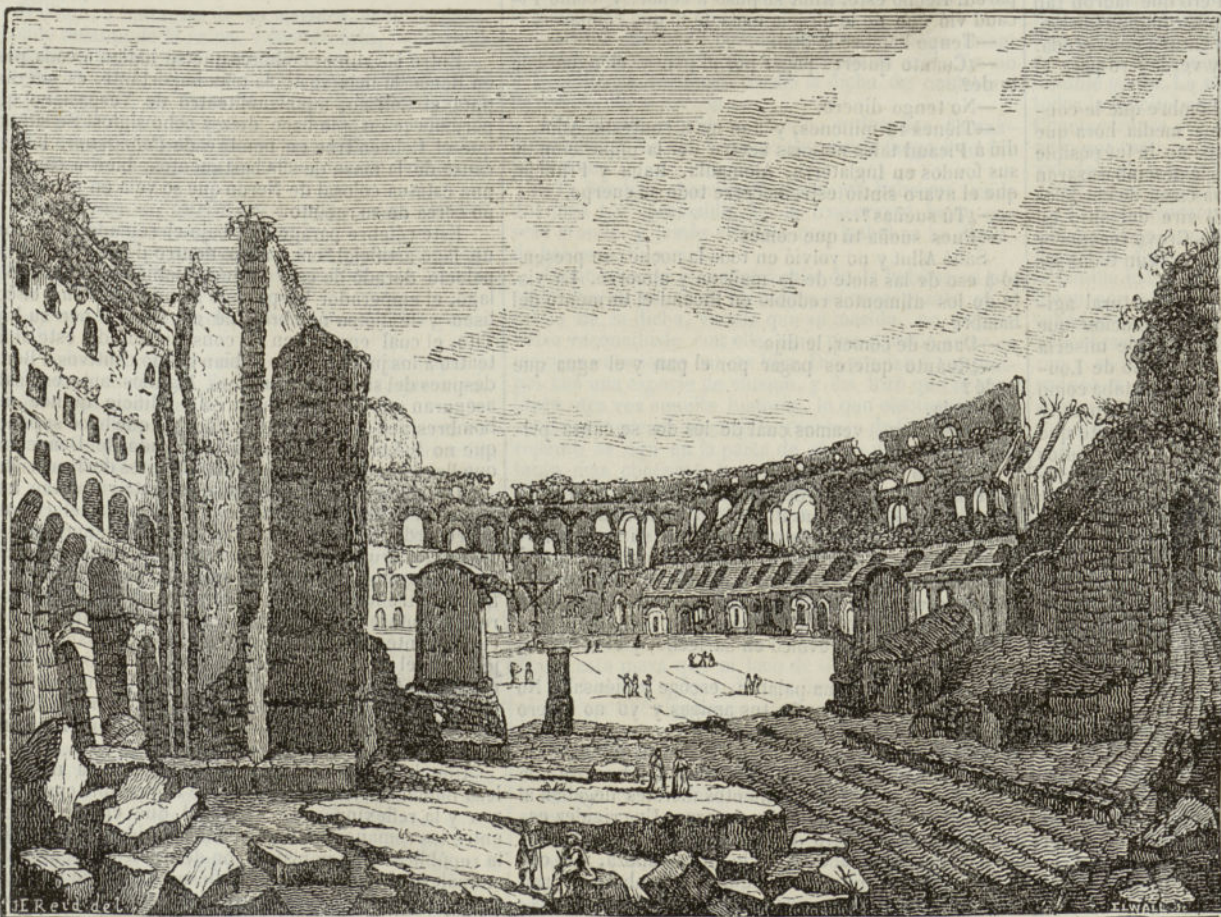
Los gefes daban por excusa de su monstruosa indulgencia, que familiarizándose los romanos con el dolor y la muerte se harian mas bizarros soldados; pero la

inhumanidad está muy distante del verdadero valor, y se sabe que los emperadores que manifestaron mas apoderaron de las estatuas y de los demás ornamentos del coliseo y se estableció un mercado en su interior. En 4332, se verificó en el Coliseo una corrida de toros al uso de España. Las damas romanas estaban



Vista general del Coliseo en Roma.

gusto hacia estos espectáculos fueron al mismo tiempo os mas cobardes. Se presume que los diferentes agujeros que se ven entre las piedras, fueron practicados para introducir las sentadas en balcones, y las dos poderosas familias de los Colonna y de los Ursini, asistieron a este espectáculo. La corrida fué sangrienta y mas de un lidiador quedó muerto delante del toro.



Vista interior del Coliseo en Roma.

Cuando bajo el reinado de Honorio, los godos, conducidos por Alarico, saquearon la ciudad de Roma, se percharon que sostenian las tiendas de los vendedores. cian sentados segun su rango y categoria, sin confusion ni desorden, no somos dueños de dejar de esperi-

En el mismo siglo, algunas de las principales familias de Roma, obtuvieron el permiso de tomar piedras del Coliseo como de cualquiera otra parte; pero el papa Eugenio IV reprimió este abuso, mandó rodear el coliseo de murallas y lo confió á los monges. Habiendo llegado á faltar la proteccion de este papa, y habiéndose destruido la muralla en una conmocion, el Coliseo vino á ser nuevamente presa de los principes romanos, con especialidad de los Barberini, y las piedras de este hermoso monumento sirvieron de materiales á sus respectivos palacios. Se dice tambien que fué saqueado por Miguel Angel cuando construyó el palacio Farnesio. Benito XIV, habiendo venido á ser papa en 1740, puso término á estas espoliaciones, y hace ya bastantes años que se procura reparar en este antiguo edificio las injurias del tiempo y las hechas por la mano del hombre, conservándole en cuanto es posible su carácter de antigüedad.

El Coliseo, cuando estaba completo, debia presentar á la vista del hombre la masa mas imponente, por su inmensidad, la armonia y la sencillez de su conjunto. Hoy mismo que sus galerias, sus arcadas, sus bancos están ruinosos, es siempre un objeto de admiracion. Pero cuando la imaginacion se representa lo que veria bajo los emperadores, cuando ochenta mil espectadores acudian alli, y apare-

mentar con sentimiento de admiracion por el pueblo capaz de crear semejantes maravillas.

Los restos mas célebres del anfiteatro se hallan en Verona, en Nimes, Aviñon, Pola en Istria y Pæstum;

los talentos que podian conducir á estas descuidando aquellas. Por eso, al paso que Génova se enorgullece de haber producido una multitud de pintores distinguidos, se ve obligada á lamentarse de haber carecido

de la oligarquía genovesa, dió un grande impulso á las bellas artes, ora por el favor que les concedia, ora por la generosa magnificencia con que trataban á los artistas. La escuela genovesa, fundada por extranjeros,



Vista del puerto en Génova.

pero el Coliseo de Roma es el mas antiguo, como tambien el mas bello y el mas estenso.

LITERATURA Y BELLAS ARTES

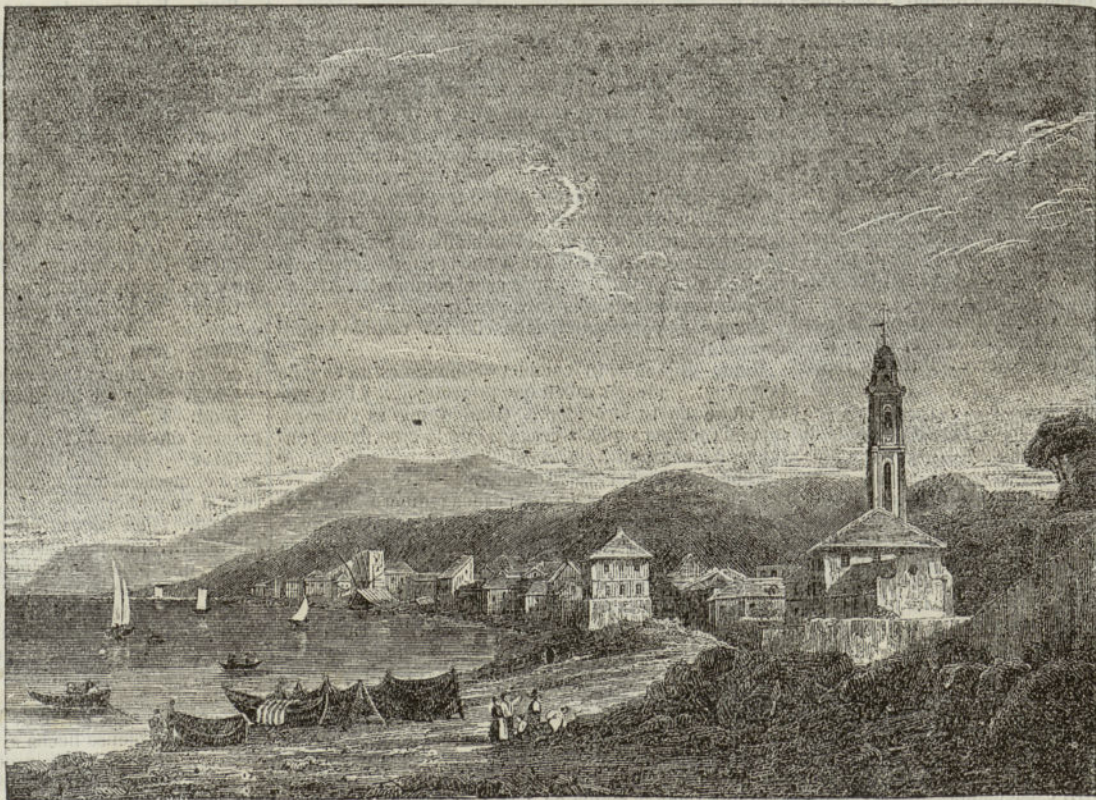
EN GÉNOVA.

Guardando la respectiva proporcion, es de creer que hay en Italia mas hombres capaces de escribir que en ningun otro pais; pero se cree poco, porque no hay nada en que ganar. La division de Italia en pequeños estados no es nada favorable á los autores. Cualquiera que sea su mérito, se ven ellos mismos obligados á pagar su celebridad. Que Manzoni ó Silvio Pellico hagan aparecer uno de estos libros que todos quieren leer, y al punto se ven ediciones clandestinas en Nápoles, en Roma, en Florencia, en Milan, en Parma, y es mucho si los autores consiguen sacar los gastos de la edicion hecha á su costa. En España, por ejemplo, donde los productos del ingenio encuentran compradores en una vasta superficie, los trabajos del talento se animan con la perspectiva del lucro como por la esperanza de la gloria; pero no sucede lo mismo en los pequeños estados. Esto explica la razon de por qué la república de Génova no se ha distinguido en las letras como en las artes. En una poblacion donde habia tantas riquezas, era natural que se buscara la fortuna y que se cultivasen de una manera especial

de escritores para trasmitir á la posteridad los acontecimientos que la han ilustrado. Las ciencias no han tenido mejor éxito entre los genoveses; todo estaba reservado para la pintura, y esto debia suceder asi. Las riquezas de los señores genoveses, empleadas en construir magnificos palacios, debia tambien escitar la emulacion de los adornistas.

Las bellas artes no pueden florecer mas que á la sombra y bajo la proteccion de las desigualdades sociales. En Génova hubo muchos pintores, porque existian muchos palacios y mucho oro para estimular el talento que nace en medio de la necesidad. Se veian

tiene cuatro épocas distintas. La primera duró hasta 1528. Los pintores mas distinguidos de la segunda época del arte, son los dos Semini, Luca Cambiasso, Bernardo Castello y Paggi, que la termina. Despues de él, Dominico Fiasella, llamado Sarzana, formó un gran número de discipulos, entre los cuales se distingue Gregorio de Ferrari y Valerio Castello. En la tercera época, el génio de los pintores genoveses tuvo que luchar contra los artistas extranjeros á quienes la munificencia de los patricios atraian de todos los paises. El Sorri vino de Siena á abrir en Génova una escuela de donde se vió salir á Gio Carrone y á Bernardo Strozzi, quien á su vez enseñó su arte á otros muchos. Andres Ansaldo, formado por Cambiasso, abrió una escuela que no deó de tener éxito.



Vista de Cogoretto.

en el palacio edificado por Vicente Imperiali, colecciones de una grande magnificencia; contábanse diez y siete cuadros de Rafael. Andres Doria, el restaurador

de la escuela italiana. La escuela genovesa fué visitada y animada por los pintores mas famosos de las escuelas extranjeras. Procacini, Rubens, Van-

dik, Rosa, Wael y Malo vinieron á Génova á rendir el tributo de su saber.

Esta república no fué tan rica en escultores como lo era en pintores; los mas famosos son Pelipe y Dominico Parodi, Bernardo y Francisco Schiaffino. Sus obras, que gozan de una gran reputacion se resienten, sin embargo, de la afectacion en que habian degenerado los artistas del siglo XVI.

LA VEJEZ DE RICHELIEU.

Drama en cinco actos

POR LOS SEÑORES OCTAVIO FEUILLET Y PABLO BOGAGE.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR DON LUIS MIQUEL Y ROCA.

PERSONAJES.

El duque de Fronsac (30 años.)
El duque de Richelieu (su padre, 60 años.)
Renato (19 á 20 años.)
Mr. Chateau d'Asnieres (ricacho, 40 años.)
Blas, jardinero de la canonesa.
Remigio, ayuda de cámara del duque.
La canonesa (32 años.)
Florinda (20 años.)
Maria de Vierzon (17 años.)
Luisa (aya.)

ACTO PRIMERO.

Salon del palacio de Richelieu.—Una puerta á la izquierda.
 —Otra en el fondo que dá á una galería por donde se ve pasar un portero con su librea.—En el primer término de la escena un sillón.—En el fondo izquierdo un rico tocador.

ESCENA PRIMERA.

REMIGIO, FLORINDA, RENATO. (Al levantarse el telon. Remigio arregla el tocador, mientras Florinda entra por el fondo.)

FLOR. Buenos dias, Remigio, quiero hablar cuanto antes con su esclencia.

REM. Señorita Florinda, aun no se ha levantado su esclencia; pero si quereis le pasaré recado.

FLOR. (Con sequedad.) No: esperaré (Se sienta á la derecha.)

REN. (Entrando sin ver á Florinda.) Mi querido Remigio, es preciso que vea á su esclencia al momento.

REM. El señor mariscal no se ha levantado todavía, porque se encuentra muy fatigado; esperad algunos instantes en compañía de esta señorita. (Vase. Renato se sienta á la izquierda.)

FLOR. (Aparte.) ¡Qué inquietud en su semblante!... Parece que no es muy emprendedor á solas. (Renato se levanta adelantándose de repente hácia Florinda.) ¡Ay Dios mio, ya empiezan las hostilidades!... ¿Qué querrá?...

REN. ¡Señorita!...

FLOR. ¡Caballero! soy la señorita Florinda del teatro de la ópera...

REN. Perdonad mi indiscrecion, señorita... pero mi suerte y mi libertad dependen de la audiencia que he pedido al señor duque; un instante de demora puede perderme; y al veros, como es natural, temo... que si el mariscal os ve la primera...

FLOR. Abreviad vuestro cumplido que puede degenerar en descortesía. ¿Quereis hablar al señor duque antes que yo?... ¿no es esto?... Pues es inútil caballero.

REN. ¡Inútil señorita? pero....

FLOR. Inútil os he dicho; pues ambos venimos á pedir al señor duque una misma cosa... así poco importa... quien le hable el primero.

REN. (Asombrado.) ¡La misma gracia!... ¡cómo señorita!... ¡sabeis!...

FLOR. (Levantándose y bajando hácia la escena.) Todo... Ayer á la salida del baile de máscaras, habeis insultado al duque de Fronsac, y temeis que os envíen hoy á la Bastilla, si el duque de Richelieu no habla á su hijo en vuestro favor. Vos no quereis veros encerrado en la Bastilla; yo tampoco lo quiero... ya veis que ambos queremos una misma cosa.

REN. Pero en nombre del cielo... ¿qué interés?...

FLOR. El vuestro.

REN. ¿Cómo!... ¿es por mí?... perdonad mi turbacion; pero es la primera vez que tengo el honor de veros, señorita, y como creo no me conoceis...

FLOR. ¿Lo creéis así?... escuchadme, pues. Os llamo Renato... sin apellido... Habeis sido educado en Orleans por un preceptor anciano que os ha enseñado cuanto sabia, excepto el nombre de vuestros padres. Despues de su muerte, acacida hace dos años, habeis sido colocado por un protector desconocido en

casa del señor mariscal de Richelieu. Acabais de ser nombrado porta estandarte del regimiento de gendarmes del Delfin... teneis 20 años, y estais perdidamente enamorado... sin saber de quién. En fin, sois una novela en carne y hueso.... ¿creereis, ahora, que os conozco?

REN. (Con calor.) En efecto; y ya que tan instruida estais en mis negocios, tambien debeis conocer á esa misteriosa protectora á quien persigo hace un año, que me escribe unas cartas tan tiernas... tan consoladoras... y á las que ni aun tengo el placer de poder contestar.... ¿la conoceis?... ¡Ah! por favor, señorita; decidme su nombre, al menos.

FLOR. No se trata ahora de eso. Pensemos por de pronto en salvaros de la Bastilla.

REN. No, no; por favor os lo pido.... ¡apiadaos de mí, señorita!... pensad cuán cruel es para mí el prolongar este misterio... no he tenido en mi vida mas que dos amores....

FLOR. ¡Dos amores! pues con uno os bastaba; señor Renato... ¡y aun no tiene veinte años Dios mio!

REN. Hace dos años aui perdidamente á una jóven en Orleans, de quien fui tiernamente correspondido; pero como era pobre y no tenia nombre ni familia conocida, me rechazaron sus padres cuando me atreví á decirles que amaba á su hija... sali de allí humillado... ¡desesperado!... Ignoro lo que ha sido de ella desde entonces; pero aun no he podido olvidarla aunque entregado á mi nuevo amor.

FLOR. Lo que significa que amais á las dos, ó por mejor decir, las engañais; sin embargo, os agradezco la confianza y os probaré que la merezco pidiendo por vos al mariscal.

REN. (Tomándola la mano.) ¡Ah señorita!... ¿no podria yo saber la causa de tanto interés? ¡Estoy tan poco acostumbrado á encontrar quien se interese por mí en el mundo!... ¡Si supiéseis de cuánta gratitud es capaz mi corazón!... (La besa la mano.)

ESCENA II.

LOS MISMOS y el duque de RICHELIEU de bata, entrando por la izquierda.

REN. ¡Hola! ¿quién se permite cazar en mis dominios?

FLOR. (Bajo á Renato.) Marchaos, contad conmigo. (Renato saluda y se va.)

REN. (Adelantándose.) ¡Hola! ¡hola! ¡es Renato!... ¡no le creia yo tan travieso! el bribonzuelo se atreve á rebuscar antes que yo vendimie... (Tomando la mano de Florinda.) Y bien, hija mia, ¿te decidiste á amarme por fin?

FLOR. Todavía no, monseñor.

REN. ¿Con que no?... ¿y á qué viniste?

FLOR. A pedirnos una gracia.

REN. ¿Una gracia?... Negada.

FLOR. Pero, monseñor....

REN. Negada.... ¿Te burlas de mí?... pues bien; no quiero hacer nada por tí.

FLOR. Todavía esta gracia monseñor... y no pido mas.

REN. Nada, nada... no ha lugar... ya te he concedido lo menos veinte sin pedirte en cambio mas que una y... no, no.

FLOR. ¡Dignaos escucharme, monseñor!...

REN. No quiero; porque eres un monstruo de ingratitude... ¡Cómo! llegas de Italia hace diez y ocho meses para debutar en la ópera como prima donna; noto yo que tu voz no vale un pito, pero que es deliciosa tu pierna, y te hago ajustar como bailarina con tres mil escudos de sueldo. Para apoyar tu primera salida, hago entrar en el teatro todo un regimiento! ¡y qué regimiento!... ¡uno de los que tomaron á Mahon!... Te se aplaude con frenesí, y despues no hay favor que me atreva á negarte, y va mi bondad hasta el estremo de concederte entrada en mi casa por la puerta secreta de mi jardín!... ¡Y tú... siempre cruel conmigo!... Al diablo con esas costumbres salvajes, querida.

FLOR. (Alegremente.) Monseñor... os pido humildemente....

REN. Hija mia, tu conducta conmigo es un engaño pépetuo... ademas saben que te protejo... y no creará nadie en tu ferocidad... Cuando uno es virtuoso, hija mia, es para que le crean; si no lo cree nadie, entonces... es como... si....

FLOR. Por favor, monseñor....

REN. Mira, me ocurre una idea; quiero servirte pero á condicion de que me seas agradecida. Voy á regalarte un trasto que está ahora muy de moda en la ópera.

FLOR. ¿Un trasto de moda?

REN. Si, un marido... te voy á casar....

FLOR. (Con malicia.) ¿Con qué me vais á casar? ¿Y con quién?

REN. Con trescientas mil libras de renta, representadas por Mr. Chateau d'Asnieres.

FLOR. ¡Mr. Chateau!... ¡Ah!... ¿es un Mr....

REN. Es un nada... un buen hombre... uno de nuestros mas ricos contratistas... un admirador fanático de mi esclencia!... ¡una mina andando!... Imaginate que tiene la manía de darme de cuando en cuando algunos chascos, cuales son pagar mis deudas sin que yo lo sepa... eso le complace mucho... y á mi tambien... pero yo en pago le permito me contemple un momento cada dia... Estraño mucho que no haya venido ya.... Ahora bien; como el pobre hombre no tiene

nada que no sea para mí, casándote tú con él... negocio....

FLOR. Monseñor; en este momento no puedo ocuparme de mis asuntos.

REN. (Interrumpiéndola.) ¡Madama Chateau! ¡caramba!... verdad es, que no os habeis visto todavía; pero como él me ama, y tú tambien... será un casamiento... por amor....

FLOR. ¡Pero si yo no os amo, monseñor!...

REN. ¡Te equivocas! ¿qué significan, entonces las visitas con que me honras dos ó tres veces por semana? Me amas, te digo, y puesto que me amas... ¿pero á que viene el disimular?

FLOR. (Riéndose.) Yo no disimulo, monseñor....

REN. Disimulas... ¿y por qué lo niegas?

FLOR. Bueno, monseñor; es verdad que os amo con todo mi corazón; pero con el mayor respeto, y nunca os amaré de otro modo... (Recalcando.) ahora ni lo puedo ni lo quiero.

REN. Pero eso no es natural... aqui debe haber algun misterio.

FLOR. Tal vez... pero....

REN. (Reflexionando.) Espera... ¿no has nacido en Génova?

FLOR. En efecto.

REN. ¡En Génova!... alli he permanecido yo largo tiempo; ¡Diablo!... si serás... si seremos... pero no....

FLOR. No, monseñor, no es eso.

REN. (Acercándose.) Que... ¿me amas? eso salta á los ojos.

FLOR. Pero en nombre del cielo, mi gracia....

REN. ¡Cómo! ¿todavía esa gracia? ¿caso no te la he concedido ya?

FLOR. Si, monseñor; pero me falta todavía el decirlo de que se trata... ayer noche, ó mas bien esta misma noche... (Entra Remigio.)

REN. Monseñor, Mr. Chateau pide licencia....

REN. (A Florinda.) ¡Pardiez! nuestro hombre... (A Remigio.) Que entre.

FLOR. ¿Y mi gracia?

REN. Nada, nada, me la pedirás en su presencia... verás con qué pretensiones habla; pero acuérdate de lo que es... y si me ayudas, apuesto á que entre los dos lograremos algo.

REN. (Anunciando.) Mr. Chateau d'Asnieres.

ESCENA III.

FLORINDA, RICHELIEU, CHATEAU.

REN. Acercaos, Mr. Chateau, estaba haciendo vuestro retrato á esta señora, quien tiene ya gran deseo de conoceros. Acercaos, pardiez... un hombre tan fresco y rollizo como vos no debe temer nunca acercarse á las mugeres.

CHAT. (Saludando con fatuidad.) ¡Señor mariscal!... (Mirando á Florinda.) ¡Siempre acompañado de las gracias!...

REN. ¡Ah! ¡Ah! ¡qué buen olfato tiene el picaruelo! ¡qué pronto ha conocido que aqui habia algo para él!... Mr. Chateau... me sucede una cosa horripilante!...

CHAT. (Admirado.) ¿Y qué es, señor duque?

REN. (Con afectacion.) He encontrado una muger cruel, Mr. Chateau.

CHAT. ¡Oh! ¡oh! eso es imposible, monseñor....

REN. Es tan cierto, que tengo el honor de presentaros á la señorita Florinda, de la ópera, á quien sin duda habeis visto envuelta en alguna nube... ¡Mr. Chateau, vais á ver si os amo!... (Enfático.) quiero que diga todo el mundo, la que ha tratado tan mal á Richelieu, ha sido vencida por Mr. Chateau.

FLOR. (Impaciente.) ¡Monseñor!

CHAT. ¡Por mí, señor mariscal!...

REN. Ciertamente... ¿no me habeis dicho que estabais enamorado?

FLOR. ¡Por favor!

CHAT. (Admirado.) ¡Enamorado yo!...

REN. No os avergonceis, Mr. Chateau... creedme y confesadlo todo... aprovechad la ocasion....

CHAT. Seguramente, monseñor, no se puede mirar á esta señorita sin....

REN. Bien, pues casaos con ella; ¿quién os lo impide? ¿pretendeis acaso seducirla?

CHAT. Dios me libre de tal cosa, monseñor....

REN. En ese caso no os queda mas recurso que casaos con ella... claro está... ¿ó uno ú otro?

CHAT. (Aparte.) ¡Me confundió!... ¡yo enamorado!... pero el mariscal no puede equivocarse... (Alto.) Señorita, si yo pudiera esperar....

FLOR. (Con viveza.) Esperad cuanto querais, Mr. Chateau... aunque desespereis despues... mas dejadme que pida á su esclencia un favor que me urge... mas tarde hablaremos.

CHAT. (Aparte.) ¡Oh... ya la amo!... razon tenia el mariscal... ¡qué penetracion de hombre, Dios mio!

FLOR. Monseñor... mi gracia....

REN. ¿Pero qué diablos quereis? ¿no te la he concedido ya?

FLOR. Es mas grave de lo que os parece, pues se trata de una ofensa hecha al señor duque de Fronsac.

REN. (Serio.) ¿A Fronsac?... ¿mi hijo?... ¿cómo es eso?... quedaos Mr. Chateau.

FLOR. Esta noche al salir del baile de máscaras... Mr. Renato, ese jóven que teneis en vuestra casa se ha querellado con el señor de Fronsac. Este no tenia razon, monseñor... mas en los primeros momentos, Mr. Renato le ha insultado fuertemente... Pensad; señor, que es un niño y que segun todas las apariencias

no le había reconocido.... y además le ha dado todas las satisfacciones posibles.

RICH. Y bien; ¿es acaso por que Fronsac le envía á la Bastilla?

FLOR. Precisamente.

RICH. Hace muy bien; lo mismo hubiera hecho yo.

FLOR. ¿Cómo monseñor! despues de ofrecerme....

RICH. Permittedme; esto no es un negocio de bastidores, señorita Florinda: se trata de un ultrage hecho á nuestra familia, y es necesario reprimir eso.... monseñor Chateau, pensará segun creo, como yo....

CHAT. Sin duda, monseñor.

RICH. (Continuando su frase.) Y aunque por su parte no tenga interés alguno en la cuestion, pues no descendiendo sino de su padre.... (Mr. Chateau se muestra algo fastidiado.)

FLOR. ¡Monseñor! si me haceis este favor....

RICH. ¡Y bien!

FLOR. Os lo agradeceré toda mi vida.

RICH. ¡Hola!... vamos; el tal Renato es el protegido de todas las mugeres de Paris! Ya no sé el número de cartas misteriosas que he recibido en su favor.... y todas de letra de muger.... le adelanto en su carrera esperando recibir de ellas alguna recompensa, ¡y nada!... esto me fastidia... El calavera irá á la Bastilla... así obligaré á que se me presente el duende.... ¡que diablos!... bueno es jugar, pero bueno es tambien saber con quién se juega.

REM. (Anunciando con misterio) Monseñor....

RICH. ¿Qué hay?

REM. Una muger cubierta con un velo y con careta desea hablar un momento con V. E.

RICH. Hazla entrar. (A Chateau.) Y bien, Mr. Chateau, á pesar de mis 60 años no me quieren dejar en paz.

CHAT. Señor mariscal, Marte es inmortal.

RICH. (A Florinda.) ¿No te decía yo que no acababa nunca? Este hombre hubiera inventado la mitología si hubiese tenido tiempo.

FLOR. ¡Sois inexorable, monseñor!... ese pobre joven....

RICH. En cuanto á eso, querida mia, arreglate con Fronsac, ahí le tienes....

ESCENA IV.

FLORINDA, CHATEAU, RICHELIEU, FRONSAC.

FRON. (Al entrar.) Buenos dias, padre mio....

RICH. Venís sin duda, á pedirme dos cosas... la primera, que os haga heredar cuanto antes....

FRON. ¡Señor!

RICH. ¡Negada!... La segunda.... que os autorice á disponer de Renato... concedida.

FRON. ¿Con que sabeis?...?

RICH. Si.... si.... está bien.... reflexionad solamente que la generosidad sienta muy bien al que lleva vuestro nombre.... y al cabo de cinco ó seis meses, ó á lo mas un año.... En fin.... dime Fronsac, ¿has visto á la desconocida que está á la puerta?

FRON. La he visto al través de las cortinillas de su silla de manos.... ¡Ah señor! me parece que olvidais los consejos de la medicina... habiais prometido absteneros....

RICH. Abstenerme, enhorabuena.... pero concluir... de ningún modo.

REM. (Entrando.) ¡Monseñor!...

RICH. Aquí está. (La canonesa con máscara y cubierta con un velo, aparece en el fondo. Richelieu la ofrece su mano y la conduce á la puerta de la izquierda. Al pasar cerca de Florinda, la canonesa la estrecha la mano, entrándose en seguida con el mariscal.)

ESCENA V.

FLORINDA, FRONSAC, CHATEAU

CHAT. (Admirado.) ¡Qué grande hombre es vuestro padre, señor duque!

FRON. (Que ha seguido con la vista á la encubierta.) ¡Ah!... servidor. Mr. Chateau... no os había visto.... decidme, Florinda, ¿conoceis por ventura esa princesa?

FLOR. Seguramente ella me conoce... y no sé mas... pero señor duque, ¿es posible que aun querais vengarnos del pobre Renato?... ¿de un niño?

FRON. ¡Hola! ¡hola!... parece que el bribon tiene tambien el inconveniente de ser mi rival!

FLOR. De ningún modo... pero si teneis la crueldad de hacer encerrar á ese joven, no tendré muy buena opinion de vos.

FRON. ¡Hola! ¿qué quereis decir con eso?

FLOR. Francamente, señor duque ¿quereis vengarnos de ese niño por una viveza suya ó una equivocacion?

FRON. Yo no le quiero mal.... ¿qué me importa de él?

CHAT. (Aparte.) ¡Tan generoso como el mismo héroe!...

FRON. Solamente le envio á pasar uno ó dos años en la Bastilla, para que la canalla no siga su ejemplo y olvide su deber para con nosotros.

CHAT. (Aparte.) ¡Tan político como su padre!

FRON. ¡Qué diantre! yo no soy una fiera; pero quiero que esté cada uno en su lugar. Hé aquí á Mr. Chateau que es, cual le veis, un rico capitalista; como si dijéramos, una cuarta parte de noble, y sin embargo, no se propasa conmigo, y tiene razon: ya sabe que Fronsac y Chateau son dos cosas diferentes.... ¡No

faltaba mas! si todos los proletarios estuviesen en su lugar, lo que seria justo, estaríamos todos perfectamente: el mundo marcharía por si y sin ayuda de nadie. Pero cuando estas genticillas se entremeten y quieren vivir por si, es preciso enseñarlas los dientes. ¿Qué seria de los árboles, querida, si no se les podase de vez en cuando?

FLOR. ¿Qué me importan vuestros árboles? lo que yo pretendo, señor duque, lo habeis oido ya.... no quiero que Mr. Renato vaya á la Bastilla.

FRON. (Coqueteando.) ¡No quieréis! ¡no quieréis!... ¿bailas esta noche en la Zelmira?

FLOR. Rasgad esa orden, señor duque, y bailaré por vos mi paso de las nubes.

FRON. ¿El paso de las nubes? ¡ay! ¡ay! me atrapé... ¿Pero proteges tú á ese joven? y bien, si es amable no digo que no.... porque al fin yo no soy una fiera.

ESCENA VI.

RENATO, FLORINDA, CHATEAU, FRONSAC.

REN. (Saludando.) Señor duque.... (Bajo á Florinda.) Y bien, señorita....

FLOR. Me parece que se va calmando la tempestad: ¿No es verdad, señor duque?

FRON. Que me pida perdon, y luego veremos.

FLOR. (Suplicando á Renato.) Señor Renato....

CHAT. ¡Debeis hacerlo!...

REN. El señor duque sabe ya cuánto sentimiento me cabe por lo ocurrido: las atenciones que debo al señor mariscal de Richelieu, me imponen la obligacion de respetar cuanto le pertenece, y siento, señor duque, haberos faltado.

FRON. ¿Es eso todo? esa satisfaccion podria ser buena entre gentes de la misma clase.

REN. Siento al hacerosla, señor duque, tanta vergüenza como si fuese vuestro igual.

FRON. (Haciendo piruetas u viendo en la galeria un sargento de gendarmes.) Hé aquí un hombre que llega muy á tiempo para enseñaros el caso que yo hago. (Se sienta y el sargento se para en la puerta.)

FLOR. Pero ¿qué mas quereis, señor duque?

FRON. Que confiese que su conducta ha sido la de un látuo, no pido otra cosa.

REN. (Conmovido.) Monseñor, prefiero antes renunciar á vuestra benevolencia que á vuestro aprecio. (A Florinda.) Adios, señorita, y mil gracias... (bajo) decidla ya que la conoceis... que soy feliz en sufrir por ella... y....

FRON. (Siempre sentado.) ¡Eal! ¡eal! ¿se han acabado ya las ternuras? Señor sargento, cumplid con vuestras órdenes. (Al adelantarse el sargento entra Richelieu, llevando de la mano á la encubierta.—Momentos de silencio.)

ESCENA VII.

Los mismos y RICHELIEU.

RICH. (Al sargento.) Retiraos, yo soy su fiador. (El sargento saluda y se retira con la guardia; momento de sorpresa. Richelieu conduce hasta el último fondo á la encubierta y la saludó.—Váse esta.)

FLOR. ¡Ah!

CHAT. ¡Siempre él!... ¡qué grande hombre, señorita!...

FLOR. Mr. Chateau, os permito besar mi mano.

CHAT. (Aparte, despues de besar la mano de Florinda.) El mariscal me ha conocido... estaba enamorado sin saberlo.

FRON. (A Richelieu que baja á la escena.) Me parece, señor, que habiais puesto á ese joven á mi disposicion.

RICH. Y no pretendo retiraros mi palabra... tan solo me uno á Florinda para pedir os su gracia... Es un joven que está en mi casa segun creo. Por mi parte, sea curiosidad, sea costumbre de proteger, le profesó una verdadera amistad. En una palabra, os pido su perdon. (Renato pasa por delante de Florinda y de Chateau, y besa la mano de Richelieu, volviendo despues á su sitio.)

FRON. Pero despues de una ofensa pública me parece que me faltaría á mi mismo....

RICH. Me lo negais ¿no es verdad? (A Renato.) Irás, pues, á la Bastilla, mi pobre Renato... esto te igualará con nosotros... Además allí encontrarás compañeros muy galantes... grandes señores como los de Guiche, de Crillon... de Fronsac.

FRON. ¡Yo, señor!...

RICH. Sin duda.... vos.... (Riendo.) Pedireis mi cuarto....

FRON. ¿Pero por qué falta? ¿quién me envía?

RICH. (Sério.) Yo... ¿por qué falta? por haber deshonrado vuestro nombre y el mio, caballero... Esta señora que acaba de salir de aquí, es la misma á quien habeis insultado anoche. Ha venido á pedirme justicia. (Movimiento de Fronsac.) ¡Silencio!... la seguisteis á la salida del baile y quisisteis arrancarla la máscara. Para defenderla contra vuestros insultos ofendió Renato... Ireis con él á la Bastilla, ó quedará él libre.... escoged.

FRON. (Riendo de mala gana.) A deciros verdad, padre mio, no me gusta la Bastilla. Ella y yo estamos reñidos, desde que pasé allí una noche en compañía de un notario.

RICH. Renato, dad las gracias á Mr. de Fronsac. (Fronsac recibe con altivez el saludo de Renato.)

RICH. (A Fronsac.) Y vos, caballero, dad las gracias á Renato. (Fronsac despedido se inclina levemente.) Ahora, Florinda nos dirá á Mr. Chateau y á mi.... (Mr. Chateau se muestra confundido.) Quiero decir, á mi y á Mr. Chateau....

FLOR. ¿El qué, señor mariscal?

RICH. El nombre, la clase y habitacion de la desconocida....

FLOR. ¡Señor mariscal, con vuestro permiso, iré al ensayo de Zelmira!.... (Váse.)

ESCENA VIII.

RENATO, CHATEAU, RICHELIEU, FRONSAC.

RICH. ¡Pardiez señores!... ¡hé aquí una cosa singular! Florinda discreta!... ó mucho me engaño, ó vamos á ver muy pronto alguna cosa horrible.... Pero tratemos de aclarar este enigma.... Esta señora que conoce á Florinda y que va al baile de máscaras y que para coronarlo todo, vive en una especie de convento....

CHAT. (Riendo.) ¡En un convento!... permitid que me ria, señor mariscal.

RICH. Reid, Mr. Chateau.... ¿Fronsac no me habeis dicho que era un convento?

FRON. Hay mas todavia. ¿No habeis visto una casa misteriosa, una Tebaida fortificada, amurallada y llena de rejas que se halla cerca del arsenal que la llaman la Ermita?

CHAT. (Preocupado.) ¡Cielos! ¡la casa donde se educa mi sobrina!

RICH. Eso es; allí esta la sobrina de Mr. Chateau.

CHAT. Si yo creyese....

RICH. ¡Bueno! ¡bueno! sin duda la casa es tan alegre como el tio.... Además, estais sin duda equivocado, Mr. Chateau; porque esa casa ó Tebaida de que habla Mr. de Fronsac no es ni convento ni colegio; tan solo sirve de retiro á una muger de mucho talento y de gran virtud.... de quien se ocupa la corte sin conocerla; y aun pasa por ser la amiga particular de las princesas.

CHAT. Justamente.... es la señora canonesa de Reulli, monseñor.

RICH. ¿Y es acaso la canonesa vuestra sobrina?

CHAT. No, monseñor; mi sobrina vive en su compañía.

RICH. Eso no es posible, Mr. Chateau; seguramente os equivocais de puerta. Estoy perfectamente informado. Mi tio el cardenal de Noilles, que es el director espiritual de esa persona, me decía ayer mismo que pasaba los dias completamente retirada con sus libros y en su jardín. El rev la ha ofrecido, aunque en vano, la superintendencia del colegio de San Cir, que no ha querido admitir, so pretexto que apenas tiene tiempo para ocuparse de la salvacion de su alma; pero parece que no trabaja en ella sino de dia, porque de noche anda libre.

CHAT. Ya he tenido el honor de decir al señor mariscal, que esa señora es la que educa á mi sobrina.

RICH. Es imposible, os repito.... explicaos.

CHAT. Hace un año se me presentó una señora cuya belleza me dejó absorto....

RICH. ¿Con que tan bella es?

CHAT. Como una diosa, monseñor....

RICH. Apuesto á que la pretendisteis guardar, Monsieur Chateau.

CHAT. Ni aun pensé en ello, señor mariscal; tanto fué el respeto que me inspiró.

RICH. ¿Y os pidió vuestra sobrina?

CHAT. En efecto, monseñor, y además me entregó una carta escrita del propio puño de Mad. Luisa, la piadosa hija del rey.

RICH. Y esa carta....

CHAT. En esa carta que he conservado, se me suplicaba accediese al deseo de la señora canonesa. Como comprendereis, ni podia ni debía negarme á ello.

RICH. ¡Veamos, señores! ¿qué significa todo esto? ¿comprendeis algo?

FRON. Comprendo solamente, que la desconocida del baile debe ser la canonesa ó la sobrina del señor (señalando á Mr. Chateau) porque estoy bien seguro de haberlas visto entrar en la Ermita... y pues que allí no vive nadie mas....

RICH. Ahora recuerdo.... pero Renato debe conocer á la que ha defendido con tanto calor.

REN. Por desgracia mia no la conozco, monseñor; no he visto mas que una máscara.

RICH. (Cruzándose de brazos y mirando con desden á Fronsac y Renato.) Es posible, vive Dios, que haya aquí dos jóvenes, enamorados ambos de una misma muger, y que entre los dos no hayan adelantado nada? ¡Qué vergüenza para mi casa! Ahora veremos.... Remigio. (Entra este.) Mi casaca. (Váse)

FRON. ¿Y qué vais á hacer monseñor?

RICH. Aunque tengo sesenta años, hijo mio, sabed que todavia puedo escalar una muralla cuando sirve de defensa á una guarnicion enemiga ó á una joven hermosa y encubierta.

FRON. (Riendo.) En buenhora monseñor; mas permitidme que me aproveche de vuestra advertencia para tratar de entrar en la plaza antes que vos.... ó al menos impidiros que entreis.

REN. (Sonriendo.) ¡Monseñor!... ya sabeis que consentiria morir antes que faltaros al respeto... pero vais á destruir la mas querida y la única esperanza de mi vida.

RICH. ¡Muy bien! ¡muy bien generoso corazón! ¡el

hará su camino. Entre tanto unios los dos y poneos cada uno á un lado de la puerta. Id amigos míos. (Se sienta delante de su tocador, toma un espejo de mano, y arregla su peinado.)

FRON. Os juro, padre mio, que voy á formar mis mosqueteros enderredor de la Ermita.

RICH. Forma, hijo mio, forma cuanto quieras; y si me creyeras, añadirías algunas piezas de artillería.

CHAT. Pero señor mariscal, ¿y si acaso fuese mi sobrina?

RICH. ¿Es bonita vuestra sobrina?

CHAT. De las mas graciosas, monseñor.

RICH. ¡Pardiez! en ese caso id tambien á formar.

Marchad amigos míos.... precededme.... porque si salimos juntos os robo la niña como un salteador de caminos.

FRON. Y REN. (Saliendo precipitadamente) Sea... á la Ermita del arsenal.

CHAT. Allá voy yo tambien.

RICH. ¡Mil felicidades, señores! (Remigio entra con una casaca en la mano.) ¿Qué hora es, Remigio?

REM. Las dos, monseñor.

RICH. (Sentado.) ¡Perfectamente! tráeme otra casaca mejor. (Vase Remigio) Vaya, será preciso mostrarse generoso con ellos.... les daré media hora mas de tiempo.... hasta las dos y media.... pero despues.... ¡guerra sin cuartel!...

FIN DEL ACTO PRIMERO.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA, POR DON MODESTO LAFUENTE.

TOMO TERCERO Y CUARTO.

Ya hemos dado á conocer á nuestros lectores los dos tomos precedentes, y vamos á ocuparnos ahora, aunque no con toda la estension que deseáramos, de los tercero y cuarto. Comienzan con la edad media,

dioso triunfo de Pelayo en Covadonga, expresándose así:

«Admiremos aquí los altos designios del que rige los pueblos y tiene en su mano los destinos de las naciones. El inmenso poder de aquellos, á cuyo pujante brazo no habia podido resistir el coloso de Roma, de aquellos godos vencedores de cien pueblos, dominadores de España, de Africa y de la Galia, vióse reducido á un puñado de montañeses guarecidos en un rincón de esta Península, dentro de una cueva, capitaneados por un caudillo, en cuyas venas corría mezclada y confundida la sangre goda y la sangre española. Y del corazón de aquella gruta habia de salir un poder nuevo que habia de luchar con otro pueblo gigante, y habia de ser el fundador de un estado que con el tiempo habia de dominar dos mundos. Pelayo, cobijado en la caverna de Covadonga, seméjase á la semilla desprendida de un árbol viejo, cortado por el hacha del leñador, que encarcelada dentro del hueso ha de romperse, brotar, desarrollarse, crecer, fructificar, y formar con el tiempo un árbol mas lozano, robusto y vigoroso que el que le habia engendrado, y cuyas ramas se han de estender por todo el universo.»

Tan magníficas imágenes abundan en toda la obra; se hallan esparcidas cual en un campo las preciadas flores, y al ir leyendo el libro no puede uno menos de detenerse en estos párrafos para volverlos á leer y aprenderlos de memoria. Solázase el alma con ellos y adquiere la inteligencia ese sabor de buen gusto que nos hace amar tanto lo bello.

En las comparaciones, utilísima ilustración de la historia, en las cuales hemos presentado ya la habilidad del señor Lafuente, luce en este tomo su raro ingenio, su investigación profunda, deduciendo resultados tan exactos como naturales, como los que espresa comparando á Belen con Covadonga en este hermoso principio del capitulo noveno.

«Ha pasado mas de un siglo de lucha, dice, entre el pueblo invasor y el pueblo invadido. Reposemos un momento para contemplar como vivió en este tiempo cada una de las dos poblaciones.

«¿Cuál era la vida social de ese pobre pueblo cris-

trucion de sus criaturas; como si Dios fuera tambien enemigo de algunas de ellas. Esto seria hacer á nuestro generoso Redentor instrumento de nuestros odios, de nuestras venganzas, cual si Dios tuviera nuestras pasiones, nuestras debilidades, nuestras miserias.

«Si como españoles y como cristianos consultáramos solo el interés de nuestra patria y de nuestra religion, dice hablando de horrosas crueldades, y terribles venganzas que ejercian los moros entre sí, y al efecto de haber sido degollados en una sola noche cuatrocientos nobles convidados á un banquete, parece que debiéramos celebrar estos terribles holocaustos, puesto que sacrificadores y victimas todos eran musulmanes, y todo redundaba en descrédito de sus creencias y enflaquecimiento de su poder. Pero hay en el hombre un sentimiento que no puede ahogar el interés de la patria, y que le hace mirar con lástima y horror tan trágicas escenas. Este sentimiento es el de la humanidad. Que á lo menos nos sirva la memoria de tales sacrificios para compadecer á aquellos pueblos, que como el mahometano, están sujetos á los caprichos de un solo hombre, que reasumiendo en sí todos los poderes y todas las soberanías, dispone á su antojo de las vidas de sus súbditos, sin que haya tribunal en lo humano que le impida reposar tranquilos sobre los mutilados troncos de sus victimas: que tal era la índole y organizacion del gobierno establecido por Mahoma.»

Honran al señor Lafuente tan elevados y dignos sentimientos, y si á alguno parecieren mal su escelente observacion, que parece un cargo á ciertos sistemas políticos cuyo gefe no reconoce otra ley que su caprichosa voluntad; ó que gobernando á su arbitrio no tiene sobre sí otra autoridad ó un tribunal, que sin ser el de Dios lo juzgue, en el mismo párrafo se le contesta. Hay en el hombre un sentimiento que se postpone á todos, el de la humanidad. El historiador, hombre, ciudadano, juez de la sociedad y apóstol de la humanidad, tiene primero esta alta mision que cumplir, y esta es la que tan bien cumple, y tan perfectamente comprende el señor Lafuente para gloria y honor de nuestra patria y para esplendor de las letras.

A. PIRALA.

EFEIMERIDES DEL SIGLO XIX.

DIA 30 DE JUNIO.—Año de 1808. Accion de Llobregat.—1803. Se apoderan los españoles de los fuertes de Pancorbo.

DIA 4 DE JULIO.—1843. Soult es nombrado lugarteniente de Napoleon, y entra José Bonaparte en Francia.

DIA 2.—1813. Se apoderan los españoles del castillo de Zaragoza.

DIA 3.—1811. Accion de Berlanga, ganada á los franceses por el segundo ejército.—1839. Accion de la Berrueza.

DIA 4.—1836. Accion de Zubiri.—1840. Toma de Berga y sus reductos á los carlistas.

DIA 5.—1836. Los carlistas al mando de Gomez entran en Oviedo.

DIA 7.—1844. Entran en Caracas las tropas del rey.—1840. Accion de Montallá.



Vista de Covadonga.

inaugurada con la conquista de España por los árabes (711), y terminan con la union de Aragón y Cataluña (1437).

Grande y extraordinario es el interés de tal período, no siendo menos elevada ni menos interesante su narracion. Crece á la par de las colosales proporciones de los sucesos, dignos los unos de la otra.

La conquista de España por los árabes, el gobierno de los primeros emires, Pelayo, Covadonga, Alfonso, los Omniadas de Córdoba, Asturias y sus reyes desde Fruela hasta Alfonso el Casto, Roncesvalles, Abderrahman y sus sucesores, fisonomía social de la España en el siglo IX, reyes de Navarra y de Leon, condes de Barcelona y de Castilla, hasta la muerte de Fernan Gonzalez, son los principales cuadros que se trazan en el tomo tercero. Resaltan en ellos todos los personajes de su respectiva época, y se ve pintada con exactísimo colorido la fisonomía de cada una, en lo moral, en lo político, en lo religioso, en lo militar, en todo en fin lo que constituye el verdadero retrato de unos períodos no bien descritos hasta ahora en nuestra historia; porque cuantos autores han precedido al señor Lafuente, los han adornado; si adorno es el desfigurarlos, con fábulas y consejas, que si eran disculpables ó necesarias en su tiempo, no lo son en el nuestro.

No nos cansaremos de repetirlo: la historia tiene hoy otros deberes que cumplir, otra mision que llenar; porque necesita satisfacer las exigencias de la época, exigencias que creemos justas.

Pero si el autor de la obra que nos ocupa se cuidará solamente del filosófico exámen de los sucesos que narra, su severidad nos cansaría, á pesar de lo deleitable de los asuntos. Mas no sigue este método el señor Lafuente. En los mas grandes acontecimientos se detiene reflexionando sobre ellos y de su seria filosofía, sale como un rayo de luz que ilumina los hechos, los presenta con la sencilla claridad que el principio de la restauracion de España despues del primero y gran-

tiano, que ó se salvó de la inundacion ó pugnaba por recobrar su existencia? ¿Cuál era su organizacion, sus leyes, sus instituciones, sus artes, sus ejércitos? Ejércitos, artes, instituciones, leyes, todo habia perecido ahogado por las desbordadas aguas del torrente. Al abrigo de una roca, que era como el Arapat del nuevo diluvio, y entre riscos y breñas moraba un puñado de hombres, pobres náufragos, sin riquezas, sin ciudades, sin gobierno regularizado, que poseian por todo tesoro un corazón ardiente, los simbolos de su fé, los recuerdos de una sociedad que habia desaparecido. Unidos con el doble lazo de la religion y del infortunio, estrechados con el lenguaje elocuente y fraternizador de la fé y de la desgracia, la necesidad los obliga á cobijarse en una cueva. Decretado estaba que de aquella gruta habia de salir un poder que dominara mundos que hasta entonces no se conocian. Tambien el cristianismo nació en una gruta de Belen, para desde allí derramarse con el tiempo por toda la tierra, lentamente y á fuerza de siglos y de contrariedades como la monarquía española. Belen y Covadonga.... una gruta para el cristianismo naciente, otra gruta para el cristianismo perseguido: en ambas se ve una misma Providencia. Todos los grandes acontecimientos suelen semejarse en la pequeñez de los principios.»

Una cualidad laudable para el historiador notamos en el tomo que nos ocupa; cualidad indispensable además, porque sin ella no puede existir verdadera historia; nos referimos á esa imparcialidad, que aunque la hayan tenido otros escritores, no la han llevado á tan alto punto como el señor Lafuente. Bien es verdad que algunos no habrán podido, como no se ha podido en nuestro tiempo, condolerse á veces de la sangre que se derramaba de los contrarios; mucho menos en aquella época, que á la circunstancia de enemigos se unía la de ser ó llamarse estos infieles, cuya sangre derramada agradaba al Señor, segun nuestros religiosos cronistas; como si Dios pudiera complacerse de la des-

LOGOGRIFO.



La solucion en el número inmediato.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, número 8.